

JOSÉ LEON PAGANO

LA BALADA DE LOS SUEÑOS

CON UNA CARTA-PRÓLOGO

DE

ROBERTO J. PAYRÓ



BUENOS AIRES

TIPOGRAFIA EL TIEMPO

1900

Al señor Enrique Jara
escritor distinguido.

Afectuosamente

J. h. Pagano

B.

A CARLOS YEGA BELGRANO

EL AUTOR.

Señor José Leon Pagano:

Acabo de leer la *Balada de los Sueños*, que comencé con desconfianza y que terminé con cariño. Si á ratos me hace recordar Vd. á los jóvenes virtuosos que se esfuerzan en arrancar á las cuerdas de su instrumento notas extrañas, confusas, disonantes, frondosas, á veces me hace recordar también al maestro Balzac, cuando se presenta como pintor fuerte y como

psicólogo intensamente verdadero.

No me asombra que Vd. vea el paisaje con visión poderosa y que lo pinte, casi podría decirle, con ternura; no me sorprende que Vd. tome la pluma, la asimile á pincel y trace sobre la tela del cielo y encima del fondo de la selva normanda toda una tragedia de nubes y relámpagos, precediéndola con una arquitectura magistral y principesca de palacios no soñados... apenas soñados, apenas principescos, apenas magistrales, porque un soplo de viento los desvanece y los esfuma, los diluye y los mata... dejando sin embargo la constancia de que Vd. sabe y vé y de que solo le falta el elemento material para que esos productos fugitivos de la fantasía sean una obra perdurable y real.

PRÓLOGO

Pinta Vd. cuando escribe, y ello es gran título; pero á estas consideraciones me ha traído sólo esa obertura de su obra, que es música también y demasiado música, como es demasiado pintura.

Cuando se lee el desarrollo que Vd. hace de este cuento terrible, se advierte que también vé y anima á los personajes que retrata; y entonces se completa el criterio á propósito de su persona literaria, porque un hombre que pinta, que canta y que anima, tiene para mí criterio, quizá equivocado por la profesión, las más altas cualidades que pueden caracterizar á un escritor de veras.

Si á eso añado que, salvo ciertas frondosidades, salvo ciertas vacilaciones naturales en quien está simultaneamente atraído por

varios y potentes maestros en la literatura clásica y moderna de Italia, de Francia y de España, encuentro una unidad de fondo y de pensamiento, es decir, una unidad de acción y de ejecución que no estoy acostumbrado á encontrar en los libros argentinos; y como podría hallarme muy bien dispuesto á demostrarlo á los amigos de disquisiciones, le aseguro á Vd., y se lo juraría firmemente, que no sólo puede leerse la *Balada de los Sueños* como un libro bien hecho, sano y literario, sino también que es uno de los pocos libros legibles en mi tierra y que Vd., joven, tiene delante de sí un camino tan lleno de espinas como prometedor de triunfos.

Huelle las espinas, mire dere-

cho, no se embriague en la victoria lejana y sus hijos serán nobles y robustos.

Roberto J. Payró.

Noviembre 1899—Buenos Aires.

I

La desvanecida vibración del último toque del *Ace Maria*, llegó del campanario de la aldea á la grave soledad del bosque, y se extinguió en su quietud solemne. El silencio, húmedo y perfumado, cayó sobre la agonía de las flores, que se inclinaron hácia las aguas del lago. La púrpura del poniente trágico, se filtraba en el bosque, llenando su follaje de bayas relucientes y carmesíes, y subrayando de sangre el perfil de los objetos

Pero en lo alto, sobre la selva, en el panorama del cielo luminoso y vasto, era donde se concentraba toda la sugestiva idealidad de un espectáculo grande y terriblemente hermoso. Las nubes, habían arquitectado un elegante palacio, cuya escalinata, de peldaños de oro, capaz de contener un ejército de titanes, era guardada por estatuas, en actitudes guerreras, fabulosamente gigantescas. En uno de sus costados: una selva, de la cual aquél parecía surgir, simulada por un nubarrón gris, entre cuyos flancos turgentes se filtraban destellos de nácar y oro pálido.

Más allá, donde el sol muriente rutilaba en una atmósfera vibrante de luz, irisada con violencia, advertíase una isla encantada. Enormes pájaros, cuyas alas tendidas abarcaban extensiones inverosímiles, parecían aguardar

el momento propicio para levantar el vuelo. De pronto, como obedeciendo á un conjuro, mónstruos marinos que, hasta ese instante, habían permanecido inmóviles, comenzaron á moverse lentamente, entre enceguedoras olas de oro.

Un tul de ópalo caía con lentitud sobre la escena crepuscular del bosque. Murmuraciones extrañas, veladas y sinuosas, concertaron los follajes agitados por un hálito de sofocación, que preñaba el ambiente de lánguida pesadez.

Luego, tras un cavernoso preludio, á cuyo impulso la tierra pareció estremecerse, el fulgor en zig-zag de un relámpago, que rayó el ónix del horizonte, abrió con ímpetu un boquete en el palacio de nubes, á través del cual veíase pasar una cabalgata de nimbos.

Entre tanto, los pájaros enormes de alas tendidas y los mónstruos marinos, como auyentados por los espasmos que conmovían su reino, habían desaparecido; y la isla encantada esfumábase, apacible, tras negros acantilados, coronados en sus crestas por celajes hialinos.

Un siniestro fogonazo que estalló con retumbos prolongados, acababa de desmoronar el enorme palacio.

La trágica melopea de la selva se animó; acordes dolientes llegaban de sus profundidades: las ramas se agitaban, se retorcían, parecían sufrir, como en un paroxismo.

Ondulante caligine empañaba la atmósfera, y, del suelo, se elevaba un vaho que olía á tierra húmeda. Las nubes en marcha, se agruparon en actitud amenazadora y un trueno llenó nuevamente los espacios con brus-

ca resonancia. Gruesas gotas de lluvia, que reflejaban las intermitentes claridades, cayeron impetuosas y comenzaron á flagelar las hojas de los árboles.

Luego reinó el silencio. La Naturaleza pareció aletargada, en un recogimiento de suprema evocación. Una bandada de aves de negro plumaje, hendió el aire, lanzando graznidos de muerte. En ese instante un grito humano, uno de esos gritos que no se emiten más que una sola vez en la vida, arrancado del fondo del alma por el desesperado terror del que está por zozobrar, llegó de la distancia en siniestras ondulaciones, y su vibración fué á morir, lejana, lejana, como volviendo al punto de que había partido. Y un silencio de angustia pareció interrogar de nuevo los espacios infinitos.

Poco después, los gritos se sucedieron sin cesar, cada vez más sofocados, aunque más cercanos. De pronto, tras el recodo de la encrucijada, á cuya derecha, por entre el follaje de un verde intenso, se extendía la campiña en una perspectiva de esmeralda, un vehículo, tirado por un caballo de raza, cruzó, como una saeta.

A través de los densos crespones de niebla, pudo verse que iban en él dos personas, un hombre y una mujer, cuyas siluetas se destacaban vagamente sobre el cielo, asidos con violencia, como si sostuviesen una lucha en la que sólo debía triunfar la muerte. La masa compacta de pinos, abetos y abedules, de cuyas hojas festoneadas de luz pendía la lluvia, que reverberaba sus cambiantes, interceptó la visión.

Pero, poco despues, esta apareció de nuevo. Desembocó de una obscura senda, linde de un encinar, acotado por el borde de una laguna de aguas viscosas.

El caballo, advirtiendo el peligro que se presentaba á su paso, giró rápidamente, dejando á un costado la laguna. Libre del gobierno de las bridas que colgaban del freno, blanco de espuma, hasta arrastrarse por el suelo, saltando matas y troncos, ora perdiéndose entre la densa arboleda, ora entre áspero zarzal, desaparece, aparece, torna á desaparecer; vá sin saber dónde, larva de torbellino que impulsa el huracán.

Los lamentos de la mujer se confundían con el rumor producido por la hojarasca y enmarañada maleza, que atascaban el paso del caballo en su carrera vertiginosa.

La noche caía con lentitud. Arriba, sobre la compacta inmovilidad de un gris plomizo, tras la que habían ido desapareciendo las áureas fantasmagorias, las nubes seguían su silenciosa marcha. Entre tanto, el carruaje persistía en su desesperada carrera.

Cruzó la campiña. Luego, hallándose frente á una red de nopales y enebrales tejidos con espinos, que la circuían, vióse obligado á cambiar la dirección que llevaba. Apareció más cerca, en un punto relativamente claro. Merced á esta circunstancia, pudo verse que los personajes arrastrados en su vértigo, eran jóvenes.

El, casi de pié, sostenía entre sus brazos el cuerpo desfalleciente de la niña, y, raro contraste con su actitud, su mirada estaba clavada en el horizonte, como mirando un punto fijo que le fascinara. Los ojos parecían

querer saltárseles de las órbitas. Ella, cuyo cabello suelto flotaba, en desorden, al viento, dejaba ver, por instantes que sus lábios contraídos reían la risa del espanto. Blanco era su traje, y sus amplios, ondulantes pliegues parecían agitarse en demanda de socorro.

La niebla fué borrando, poco á poco, el detalle, cambiando la forma de los objetos, y la noche cayó como un telón sobre la escena crepuscular del bosque.

La Naturaleza, como si en ese intervalo de quietud, hubiese concentrado toda su energía, desencadenó furiosamente el huracán, cuyo formidable estrépito retumbó con ímpetu. El cielo se iluminaba á trechos, débilmente, como las fosforecencias del océano iluminan las noches estivales en alta mar.

En la selva, el viento ahullaba y decía sus quejas en bárbaro lenguaje. La lluvia, que flajelaba las hojas de los árboles, producía una sinfonía informe, salvaje, extraña... En ese instante, tras un desgarramiento de nubarrones, un relámpago iluminó el paisaje, siniestramente. La lluvia brilló como una salpicadura de cristal que, desgranándose, fué á relucir entre la hojarasca y la maleza. Y allá, descendiendo en rápida pendiente por un callejón bordeado de gruesas y enmarañadas cepas, el vehículo, sobreexcitado por el vértigo del plano inclinado, descendía con indescriptible rapidez.

La obscuridad sobrevino impenetrable é intensa. Mas, súbitamente el fulgor de una llamarada, larga, brusca, irradió de nuevo su amarillenta claridad sobre el escenario.

El cuadro presentaba un aspecto de profundo terror. Vióse el vehículo, enclavado en un recodo del callejón, á cuyos piés se retorçían las raíces de los árboles, que parecían serpientes enroscadas, agitándose entre las patas del extenuado animal que forcejeaba por librarse de ellas.

Los ojos del enigmático personaje, desmesuradamente abiertos, fulguraban. Estaba solo.

La obscuridad sobrevino súbitamente. Un grito agudo y prolongado, vino de nuevo á mezclarse con el fragor de la borrasca.



II

Rodeado de jazmines, de aristoloquias, de madre selvas, de enredaderas y entre el perfumado zahumerio primaveral que emana de la florescencia llegada á su plenitud, surge el blanco palacio del *hombre extraño*, y al que, ignórase porque rara asociación de ideas, los aldeanos han dado en llamar *el cóndor de oro*.

Para llegar á él, de la aldea, no hay más que seguir el camino, que se extiende entre dos repechos cubiertos

de césped y esmaltado de flores silvestres; frente al cual se yergue un bosque de encinas y avellanos. Tras corto andar, este concluye allí donde comienza la vasta campiña que se extiende hasta el fondo, donde se levantan algunos pinos enormes, que se destacan con su ramaje verde claro sobre el cielo, de un azul, á la vez, profundo y suave.

A derecha é izquierda, sombreadas por los manzanos, plantados aquí y allá, como al azar, cercadas de matorrales de rosas, se observan las haciendas en la gallarda ostentación de sus techos de paja ó ladrillo, y sus muros llenos de vigas exteriores. Luego, formando agradable contraste con la senda de abrojos que le sucede, dejando á la derecha una hondonada ancha y profunda, llena de arbustos y matizada de retamas y amapolas, se

presenta un campo de trigo, vasto como un mar de oro. Después de haber atravesado el triguero, que confina con un nuevo sendero, cuyos costados están salpicados de margaritas, de bruzos y de campánulas blancas y azules, y siguiendo la ruta, por éste señalada, hállase el transeunte, frente á una alameda de álamos de Virginia, cuyas ramas altas, al entrecruzarse, forman una bóveda umbrosa y perpetuamente fresca, que comunica al jardín del palacio.

Una tarde—una de esas tardes que, ejerciendo sobre el cuerpo una influencia física, disponen el espíritu á impresiones nunca sentidas, una de esas tardes en que una quietud lánguida invade el alma de las cosas, á tal punto que parece aletargada la vibración de los átomos, exentos de un solo estremecimiento de vida que

agitara la luminosa tristeza del paisaje,—una joven y dos damas se paseaban con lentitud, por el jardín, entre rosales de rosas blancas. Y en medio de esa quietud evocadora de angustias, las tres almas, vestidas de tristeza, caminaban lenta y dolorosamente como si hubieran asistido á las exequias de seres queridos. Poco habían adelantado en su paseo, cuando una de las damas, la más anciana, toda nevada de tiempo, tomando de un brazo á su compañera, como para retenerla, y haciendo un ademán expresivo, indicando á la joven que iba delante, dijo en voz baja:

—¡Pasa la felicidad!

Y en su tez de una blancura mate pareció diluirse una gota de crepúsculo.

Los ojos de su interlocutora, más joven, aunque también de edad avan-

zada, volcaron sobre la anciana una mirada de cariñoso temor.

—¡Pasa la felicidad!—repitió débilmente, acompañando sus palabras con un suspiro de profundo dolor, y cerrando los ojos, se detuvo como para ver pasar un espíritu de luz sobre el horizonte crepuscular de su reino interior.

Su compañera, haciendo un ademán que traducía toda la contrariedad que experimentaba, repuso:

—Tu aficción, querida Sofía, no se justifica en manera alguna, y no debes atribular tu espíritu que necesita tranquilidad.

—¡Ah, hermana mia! Siento que habla en todo mi ser una voz de misterio y de verdad; un angustioso presentimiento me dice que algo terrible amenaza los últimos días de mi vida.

Su voz, al terminar estas palabras,

pareció velarse, y había en ellas tal acento de convicción, que su cuidadora hermana se vió precisada á bajar, tristemente, la cabeza.

Ambas vestían traje negro, y su porte era grave. La más anciana, Sofía, era una de esas damas que, mostrando su esplendor inconmovible al tiempo, guardaba, aún estando en las cercanías de los sesenta años, la virtud indestructible de su encanto.

Después de breve pausa, Sofía tomó de nuevo la palabra, diciendo:

—Ester, dejemos que Blanca se aleje de nosotras. Sufriría demasiado oyéndome.

Y se detuvieron mirando á Blanca que, triste y desdichada como una Ofelia, se alejaba deshojando una flor cuyos pétalos caían como ilusiones, melancólicamente. Cuando la vieron desaparecer entre los fresales, Sofía agregó:

—¿No te inspira temor el estado de Everardo?

—No sé, hermana, á que obedece tu pregunta...

—Pero ¿no has visto qué cambiado está? Cada día se pone más pálido! Luego, permanece encerrado en un mutismo inexplicable. Rehuye la conversación, y cuando se le dirige alguna pregunta, como si despertara de un sueño, da contestaciones incoherentes. Tu sabes algo, Ester, y quieres ocultármelo.

—No me juzgues mal; yo nada podría agregar á tus observaciones de madre.

—Dime ¿Alberto no te ha dicho nada?

—Absolutamente. Pero ¿porque me lo preguntas?

—Porque él, en su calidad de médico está, á no dudarlo, autorizado para

ello... pero ¿no has notado con cuanta atención le observa Alberto?

—No, repuso Ester sorprendida.

—Mira, no han transcurrido muchos días de cuanto voy á referirte. Everardo, como de costumbre, estaba leyendo á la sombra de un árbol. A corta distancia, pero oculto detrás de las yucas que se extienden á la derecha, Alberto acechaba, con atención marcadísima, sus movimientos más insignificantes.

Más tarde, al salir de su escondite, se encontró con Blanca que se paseaba muy cerca de aquel sitio y la llamó. Los dos hermanos hablaron con cautela, mas como temiesen ser escuchados, se dirigieron hacia las habitaciones, donde permanecieron algún tiempo. Cuando ella volvió al jardín, tenía en los ojos todos los indicios de que había llorado y sufrido mucho.

La anciana pareció vacilar, como envuelta en un mareo que la privaba de sus fuerzas. Ester, que lo advirtió, la dijo que era necesario volver al palacio.

La anciana, cuyo aspecto venerable pareció adquirir, en ese instante, todo el prestigio de su autocracia, apoyó la mano casi exangüe en el brazo de su compañera y ambas regresaron.

..

Ni una ni otra sabían lo que había pasado en la discreta conversación de que Blanca saliera con los ojos llorosos y la frente nublada por un pensamiento de angustia y de dolor.

Pero el instinto de la madre no se había engañado: apenas volvió de su viaje, Alberto, no pudo menos que notar algo extraño, algo fatal en el

aspecto de Everardo, y su mirada de médico escudriñó hasta el fondo aquel organismo ya marcado con el sello de lo que decae y rueda á la nada. Dudó mucho, negóse su cariño á creer en un principio lo que la ciencia le demostraba, pero al fin la convicción llegó brutal, y se impuso á su cerebro, lastimándole el alma. Y esa convicción amarga, le recordó su deber, su deber de médico y de hermano, y sobreponiéndose á su pena, resolvió dar á Blanca el golpe que podía ser mortal.

—Blanca—la dijo—graves razones me obligan á darte un consejo, que debes seguir, aunque te cueste. Debes retardar todo lo posible tu casamiento con Everardo; más aún... pobre hermana! debes ir acostumbrándote á la idea de que no se realice nunca...

Blanca tomó el brazo de su herma-

no, clavó sus ojos en los suyos, con mirada de asombro, como si no creyera lo que oía, y sus labios balbucearon:

—Qué dices?

—Algo que te hiere, algo que no quieres, que no puedes creer, lo sé. Pero, el deber se me impone, hermana, y te repito que tu unión con Everardo tiene que retardarse, quizá poco tiempo, quizá mucho, quizá para siempre!

Blanca no pudo hablar. Sintió como que se le nublara el cerebro y se le anudara el llanto en la garganta. Estuvo á punto de caer, trémula, extravióse su mirada, y Alberto, angustiado, casi al extremo de llorar, pero con la resolución de cumplir la penosa tarea, pasó el brazo por la cintura de su hermana, y sosteniéndola, temblando él también la llevó á su habitación.

¡Que hora de amargura! Cómo le pareció á Blanca que el cruel y amante hermano iba arrancándole pedazos del corazón! Cómo se debatió contra la evidencia, cómo luchó para que la convicción no entrara en ella! Y que grito el suyo, que sofocado grito de dolor aquel que lanzó cayendo al suelo desmayada por la visión de su felicidad muerta, del futuro negro y vacío!

Cuando volvió en sí, su pena se deshizo en lágrimas, amargas como el veneno que corroía el organismo de su amado. Alberto la dejó llorar, largo, muy largo rato, y por fin, poniéndose en pié, con la voz sofocada por la emoción:

—Recuerda á la pobre madre—murmuró—No llores más. Que no sospechen, que no adivinen que la muerte y el dolor se cierne sobre las cabe-

zas blancas y rompe los corazones jóvenes...

Y la niña, pálida como un fantasma de la felicidad desvanecida, tuvo sin embargo valor para secar el llanto, y para decir con inmensa amargura:

—Seré fuerte.

Había callado. Solo hablaban sus ojos, diciendo su dolor.



Entre tanto, mientras las dos ancianas se dirigían al palacio, Blanca seguía andando, como guiada por un recuerdo. A veces se detenía, sin saber por qué, para continuar de nuevo su paseo. Vestía, con sencilla elegancia, un blanco traje de campo.

El sol, que se filtraba por el ramaje

de los árboles y que parecía acribillar el suelo con sus venablos de oro, tenía matices y cambiantes suavísimos, al envolverla en su cálida caricia; mientras que su cabellera, rubia como una espiga, cobraba el brillo propio del oro estimulado por vívida luz. Faltábale poco aún para llegar á la fuente, y, reconociendo el sitio en que se hallaba, se detuvo. En sus mejillas se pintó un ligero rubor. Luego, una palidez intensa cubrió su semblante. En su inmovilidad había algo de éxtasis en que se confundían la pasión con el temor. Sus labios, en ese instante descoloridos, se entreabieron en un gesto casi imperceptible, y, al tiempo que exhalaban un suspiro brevemente comprimido, pronunciaron un nombre:

—¡Everardo!

Un silencio altísimo reinaba en ese

grave y solitario paraje, interrumpido á intervalos por la voluble sinfonía que producía el caer del agua en una fuente monumental, en cuyo centro surgía una estatua de joven y bella Diosa del arte pagano, casi oculta entre la verde y persistente caricia de la hiedra.

Grietada estaba la pared circular que contenía el agua, la cual, al recibir una incesante lluvia de cristalinas é irisadas perlas, formaba círculos concéntricos que se sucedían y dilataban con cambiantes de metálicas refulgencias. Y la líquida voz emitía en su adamantina continuidad las notas inconstantes y monótonas de su voluble armonía. La luz, en su inmovilidad, incrustaba polvo de diamante en los bordes de las grietas mientras que en su centro comenzaba á brotar el verde vegetal del musgo.

Pero Blanca, dirigió á otro punto la mirada diáfana de sus grandes ojos azules. Muy cerca de la fuente, á la sombra de un tronco corpulento, cuya belleza salvaje contrastaba bizarramente con la delicadeza de las plantas que lo rodeaban, sentado en un plano saliente que, por raro capricho de la naturaleza, formaba cómodo asiento, Everardo estaba entregado á las meditaciones que, desde algún tiempo, le absorbían por completo. Su semblante era pálido, con la palidez del marfil viejo. Surcada de prematuras arrugas su ancha y espaciosa frente, ostentaba las protuberancias que, según los frenólogos revelan los talentos y las cualidades artísticas. En el fondo del amaratado cerco de sus grandes ojeras, los ojos, velados de tristeza, parecían iluminarse á intervalos por el resplandor del alma, para

después envolverse de nuevo en la niebla.

En ese instante, con una mirada que parecía surgir del mundo de los recuerdos, hubiérase dicho que Everardo mirase una imagen incorpórea, flotando ante sus ojos . . .

Era su lugar preferente. Allí pasaba largas horas del día. Y aunque su propósito era la lectura, esta no se prolongaba sinó cortos instantes. Más tarde, obedeciendo á una voz interior que ejercía sobre su voluntad absoluto predomínio, cerrando el libro de su autor predilecto, Shakespeare, dejaba caer la tapa sobre el índice de la mano izquierda que quedaba interpuesto en sus páginas como señal, y se abismaba, subyugado por la fuerza incontrastable de la visión que él reconstruía, inconscientemente, sin que su voluntad tomara parte en ese acto,

el cuál, no obstante, le dominaba profundamente.

Durante los periodos de gran concentración del espíritu consigo mismo, en que estaba en la plena y exclusiva contemplación de su mundo, con relación al cual Everardo juzgaba los acontecimientos naturales y humanos que se desarrollaban á su alrededor, vivía una vida que distaba mucho de la realidad normal . . . Pero ¿quién puede decir al hombre cuál es la realidad y cuál es el ensueño? Y en los momentos menos ofuscados, más lúcidos, recordaba haber leído en Byron: «*Nuestra vida es doble*».

Un pensamiento constante, aunque en sus comienzos indefinido, le dominaba en absoluto. Absorto perennemente en su idea fija, vivía extraño para todo cuanto á ella no se relacionara. Toda su energía consciente se

concentraba sobre una sola representación que, aún cuando fuese de compleja naturaleza, él se veía impulsado á escrutar su esencia y dilucidar las leyes á que esta obedecía.

Una simple representación psíquica que privaba sobre las demás hasta proyectarse en el espacio exterior, era el principio de su dualidad mental. Pero en Everardo estaban perfectamente delineados los caracteres de toda esa fenomenología. Se trataba de una representación que, desde algún tiempo, tenía arraigadas muy profundas las raíces en su mente, la cual, centralizando todas sus potencias esenciales, formaba un sistema perfecto en sus conexiones representativas que confirmaba su dualismo. En su mente misma, pues, existían, por un lado, el sistema de las

representaciones proyectivas, que representaban la personalidad nueva y, por el otro, el fondo antiguo del *yo* cuya función era pasiva con respecto á la primera, hasta considerarlo todo como independiente de sí; de manera que estimaba propio de la vida real aquello que no era sino la proyección exterior de una emoción. Y esto porque, en ese caso el *yo* antiguo, por la disminución funcional psíquica á que se ve sometido, no tiene toda la originaria energía y no puede, por lo tanto, ejercer un dominio absoluto sobre la personalidad nueva, ni escrutar los nuevos hechos perceptivos, ni ejercer una actividad de diferenciación acerca los fenómenos de su propio campo ó del campo opuesto.

Gradualmente, por una lenta transformación que cada día se operaba en su conciencia, después de haber con

fundido sus sueños y alucinaciones con la realidad, Everardo llegó á la enérgica afirmación mental de tan extraordinarios acontecimientos. Por otra parte, él disponía de todos los recursos necesarios para llegar á la verdad... Pero no era hombre de acción. Sus actividades reflexivas estaban, merced á un continuo ejercicio, grandemente desarrolladas. No podía decirse lo mismo al tratarse de sus actividades prácticas, que estaban en contraposición á las primeras. Había concentrado todas sus energías intelectuales sobre el acontecimiento (cuya repetición llegó á ser diaria) que tan hondamente habíale impresionado. Su espíritu en tal punto, se convertía en un terreno donde luchaban, entre sí, esas dos tendencias, y cuyo resultado, en último caso, era la imposibilidad de arribar á una determinación definitiva.

Tal era su estado de ánimo esa tarde, toda llena de silencio y de tristeza.

Obedeciendo, quizás, á un designio de esa suprema concentración espiritual, Everardo abrió el libro del que nunca se separaba y leyó este pasaje de Hamlet:

*Nuestra conciencia, así, nos acobarda;
Y el natural matiz de nuestro brio,
Del pensar, con los pálidos reflejos
Se marchita, y así grandes empresas
Y de inmenso valer, su curso tuerca
Y el distintivo pierda de su impulso.*

Y alzando los ojos al cielo, repitió, como interrogando:

—Nuestra conciencia, así, nos acobarda?...

Una lágrima, llena de brillantes matices, rodó casi indiferente por su mejilla pálida.

Blanca, que hasta ese instante había permanecido en su inmovilidad estatuaria, movida por esa lágrima, se adelantó hacia él, levemente, como si apenas rozara el suelo. Antes de llegar al árbol se detuvo. Miró al joven, indecisa, corto rato. El, seguía en su actitud de dolor y de misterio. Blanca se aproximó y, como impulsada por un poder oculto, pasando su mano, blanca y finísima, sobre la frente de Everardo, le dijo con suavidad:

—No temas: yo estaré á tu lado, tú sanarás.

El, poniéndose de pie con ademán terrorífico, lanzó un grito, agudo y prolongado, que los ecos repitieron sucesivamente. Dejó caer al suelo el libro que poco ántes apretara con sus manos nerviosas y crispadas, y dirigiendo sus desencajados ojos, que brillaron torvamente, hacia Blanca, la cual yacía

postrada de hinojos en ademán suplicante, la tomó de la mano, que antes pasara por su frente toda poblada de sueños negros, y, oprimiéndola hasta hacerla gemir, obligándola á tener levantada la cabeza, repetía:

—¡Tú! ¿tú sabes algo? ¿Y cómo lo sabes, esencia purísima que vivificó mi alma enferma?... Tú sabes... y como lo sabes? Dímelo todo, no temas nada, hombre soy y fuerte... Habla, no me hagas sufrir más ¡sufro mucho! díme cuanto sepas.

Blanca tenía la mirada fija en el cielo. El raudal de su llanto virginal se desbordaba por sus mejillas pálidas. Nada decían sus labios pero su actitud revelaba toda la angústia de los dolores supremos. El la miraba, escudriñaba sus ojos, fuentes de amor y de silencio, como si quisiera penetrar en lo más hondo, en lo más recóndito de su alma. Luego, sin mudar su posición,

quedó largo trecho inmóvil. Un suspiro lastimero pareció agitar todo su ser y, como si en él hubiese huido la mariposa de la vida, se helaron sus labios al tiempo que se dibujaba en ellos una sonrisa más amarga que el llanto y más obscura que la muerte. Su cuerpo se estremeció de nuevo y, al levantar la cabeza, vió á través de las plantas, en la distancia, que alguien se acercaba. Sus brazos cayeron exentos de toda energía, y mirando á Blanca que permanecía en la misma actitud, como hipnotizada, murmuró:

—Perdóname.

Con un lento ademán que traducía toda la postración y laxitud de sus miembros, recogió el libro que yacía á sus pies, y mientras se alejaba, abriéndolo instintivamente, sus ojos fueron á caer sobre estas palabras:

«¡Oh, alma mía profética!»

III

Era el *Condado de oro* un bello palacio construido según el gusto de un artista diligente y exquisito. Habíalo heredado Everardo de su padre, quien lo hiciera edificar bajo su dirección única. Allí, en indolente placidez, la antigua y pudiente familia de Saint-Ozag disfrutaba seis meses de cada año de ese hermoso trozo de panorama normando, tan lleno de luz y de color como un paisaje de Nápoles.

Además de su hijo, acompañaban á la anciana señora Sofía, Ester, su her-

mana, Blanca, su sobrina, hija de Ester y prometida de Everardo, con quien debía contraer enlace próximamente, y Alberto, hermano de Blanca, que había regresado de recorrer las principales capitales europeas con el fin exclusivo de perfeccionar sus conocimientos médicos.

El esposo de Ester permanecía en París, atendiendo las tareas administrativas de sus bienes, y sólo iba los sábados á reunirse con su familia, en cuya compañía quedaba hasta el lunes de cada semana.

Esa noche, el vasto comedor del blanco palacio, ostentaba, sobriamente, su ornamentación artística y severa. Huéspedes había. Una araña de bronce cincelado, pendiente del techo en cuya garganta un artista, bizarro y desdichado, había incrustado un sueño evocador de Diana cazadora, arrojaba

fulgores fina y raramente velados, al filtrarse por las bombas sutilísimas que semejaban flores de luz de un imperio extraño y fabuloso.

La cena tocaba á su término. En diminutas tazas de la China, humeaba un café, recién servido, de exquisito aroma. La conversación, escasa de interés hasta ese instante, adquirió relativa animación. Dos compañeros de la infancia de Everardo, que habían acompado á Alberto en sus viajes, relataban, con entusiasmo y bríos juveniles, todo lo notable que habían admirado en sus peregrinaciones.

Enrique, á su vez, dijo con criterio científico la excelencia de la innovadora corriente que, en Italia, estaba operando un verdadero renacimiento de la ciencia. Los comentarios iban á iniciarse. Everardo, separando de sus labios la taza de café, hizo un gesto

como para hablar, pero una tos cavernosa, persistente, que llenó su cuerpo de convulsiones, truncó en su garganta la palabra. Los comensales se fijaron en él. Enrique y Alberto se miraron con inteligencia, como suelen hacerlo dos médicos en casos determinados...

Su anciana madre le envolvió en una lánguida y dolorosa mirada; y Blanca, que estaba á su lado, cuya imágen nimbada de un crepúsculo celeste se reproducía hasta desvanecerse en la penumbra, merced á una combinación de espejos, bajó tristemente los ojos.

Y Everardo, mostrando sus ojos circuidos por una leve vena de sangre, dijo:

—Habládme de arte, de arte únicamente. Contadme algo de lo que habeis visto en Roma ó Florencia..

Iba á continuar pero el esposo de Ester, don Anselmo, interrumpió, á su vez, diciendo:

—Carlos puede complacerte: antes de venir á la mesa contábame de su visita á la iglesia de *Santa Croce*.

—Oh, sí--interrumpieron Alberto y Enrique. Luego el primero agregó:—Uno de sus más bellos artículos literarios es, según mi modesta opinión, aquel que escribió con el título de *Santa Croce*.

—Que desde ya te dedico — dijo Carlos á Everardo.

—Gracias—repuso éste

Y tras breve pausa:

—Juntos estuvisteis en Florencia?

—Nó,—contestó Enrique—en Roma nos separamos. Alberto y yo fuimos á Turín y Carlos á Florencia, dedonde trajo impresiones exquisitas. Al mes pasó á reunirse con nosotros y de nuevo viajamos juntos.

Ester, que había advertido la melancolía que embargaba á la anciana Sofia, dijo:

—Propongo que pasemos á la sala. Allí, Carlos nos hará oír en el piano las últimas novedades musicales.

Carlos contestó á la indicación inclinando la cabeza con suavidad y, sonriendo, dijo:

—Preferiría que Blanca cantase aquella antigua balada, sugestivamente impregnada de imágenes melancólicas.

Blanca no oía.

—Quién es el autor?—interrogaron Enrique y Alberto:

—Informe Everardo que la descubrió, ignoramos donde.

Este, imitando á los demás comensales, levantándose de su asiento, agregó:

—Es, su historia, larga. Por otra

parte, lo único que, en *La balada de los sueños*, interesa es la música.

—Y los versos—dijo, fingiendo distracción, Carlos.

Todos se habían levantado y se disponían para pasar á la sala cuando Ester observó que Blanca permanecía inmóvil en su sitio.

Everardo se acercó á ella y la dijo en voz baja, casi imperceptible:

—Blanca ¿quieres darme el brazo?

Esta se estremeció como si un soplo helado hubiese penetrado en todo su ser. Levantó la cabeza y miró, brevemente, á Everardo. Luego, sin decir una sola palabra se alzó y tomándole del brazo le siguió.

Salieron del comedor siguiendo á los que iban adelante y, al atravesar el amplio vestíbulo, miraron á través de los vidrios el cielo plácidamente constelado de estrellas. El reflejo de la luna

plateaba las frondas mientras que, en la fuente, al caer del agua, se disolvía con magia sugestiva la adamantina y líquida armonía. Todos estaban ya en la sala; ellos se había detenido... Everardo dejó el brazo de Blanca y tomando su cabeza sedosa con ambas manos la dió un prolongado beso. Ella, tembló misteriosamente. Por fin penetraron. Estaban pálidos y taciturnos. La sala hallábase iluminada con profusión. Blanca fué á sentarse al lado de Sofia, que la miraba con cariño y honda ternura. Everardo se detuvo al lado de Carlos el cual miraba, extasiado, un bronce que representaba á *Paolo* y *Francesca* vagando por los espacios, goteando sangre sus corazones, henchidos de pasión.

Mas allá, sentados en un diván, artísticamente tallado, en cuyo muelle respaldo se destacaban, sobre un fondo

de terciopelo obscuro, finísimos dibujos, hábilmente urdidos con hilos de seda, oro y plata, estaban don Anselmo, Alberto y Enrique. Hacia ellos se dirigió Everardo mientras Carlos fué á sentarse al lado de Sofía á quien dijo:

—La noto á Vd. algo apesadumbrada, señora, aunque en rigor, presumo, no debiera sino alegrarse, puesto que se ve Vd. rodeada de cariño y de vida.

—De vida?—objetó Sofía.

—Cierto! Aquí transcurre con placidez el tiempo: está Vd. cada día más joven; se diría que el tiempo pone todo su cuidado en conservar su belleza venerable; se diría que el Dios Creador tiene sus predilecciones por conservar todo cuanto se impone por su mérito inquebrantable.

Iba á proseguir, pero Sofía exhaló un suspiro de amargura tan hondo, tan

doloroso, que Carlos se detuvo. Blanca miraba á su tía como si tratara de penetrar la íntima esencia de sus tácticos presentimientos.

En ese momento se oyó una risotada, franca y simpática. Era Enrique. Estaba relatando cierto episodio cómico que habíale ocurrido en uno de sus viajes. D. Anselmo y Alberto, también participaron de la hilaridad originada por el relato. Sólo Everardo se mantuvo insensible, como si no oyese, como si su pensamiento vagara por regiones inaccesibles á los humanos intereses. Todos dirigieron hácia allá, involuntariamente, la mirada. Y Carlos agregó:
—Everardo también está triste y pálido...

Se disponía á ampliar su idea, pero Ester, presurosa, le hizo señas negativas. Sofía no lo advirtió, subyugado su ser por una idea fija que tanto la atribulaba

Y Ester, en voz alta:

— Recuerden Vds. — observó — que Carlos accedió á nuestro deseo de que ejecutaría en el piano algunas de las novedades musicales traídas de Italia.

— Es verdad — corroboró Enrique.

— Ejecutaré algunas piezas, si tales es el deseo de Vds.; pero no incondicionalmente, esto es, que Blanca, á su vez, cante *La Balada de los Sueños*.

Y fué á sentarse junto al piano. Aunque Carlos desde muy joven, casi adolescente, había dedicado sus actividades intelectuales al cultivo de las letras, no por eso había descuidado su educación, que era esmeradísima; y consagrándose con grandes ventajas á la música obedecía á sus naturales tendencias de artista. Era uno de aquellos hombres cuyos semejantes se encuentran, aunque no con toda la frecuencia deseable, en algunos salones

de la aristocracia, los cuales, aún sin desatender la profesión en que desuellan, saben así mismo sobresalir en sus predilecciones espirituales á las que sólo dedican sus momentos de ocio. Pues, aunque fuese autor de un bello libro de critica literaria y estuviese en vísperas de dar á la publicidad otro de viajes, su firma figuraba al pie de algunas composiciones musicales dignas, en verdad, de todo el éxito que habían alcanzado. Así es que, cuando hubo terminado la ejecución correcta é inspirada de los diversos trozos, pudo ver que, mientras le aplaudían cordial y sinceramente, sin aquellas banalidades que los estultos usan en ocasiones parecidas, se había marcado en el semblante de los oyentes la animación que caracterizaba las piezas que había dado á conocer.

Carlos fué á ocupar de nuevo su

asiento al lado de las damas. Allí le reiteraron las felicitaciones. Después de agradecer las finezas de que era objeto, solicitó de Blanca que cantase la balada de que él tanto gustaba.

—Es—decía con viveza— como un sueño peregrino que, insensible, se desarrolla todo poblado de cosas raras, matizadas de intensa poesía. Una ingenuidad, divinamente sugestiva, domina en todas sus frases musicales: allí vive, palpita, el alma del artista.

—Sí;—dijo Sofia animándose á su vez, como si Carlos le hubiese transmitido su entusiasmo—yo también creo que esa joya condensa el alma del autor.

Y Ester:

—Pues que tan intenso es el goce que puedes proporcionarnos, puesto que á mí también me seduce tan hermosa balada, no nos prives por más tiempo de esa emoción exquisita.

Blanca fué al piano, sonriendo tristemente. Colocó, con un gesto lleno de gracia, la música sobre el atril. Las primeras notas de introducción se hicieron oír ténues y veladas.

Everardo, que había estado como abismado en sus meditaciones persistentes, se sintió sobrecoger, cual si una voz hubiera pronunciado en sus oídos la fórmula de solución del problema que embargaba su pensamiento. Y, casi sin darse cuenta de ello, agitó convulsivamente el brazo de Enrique, que conversaba con D. Anselmo y Alberto, diciendo:

—Es la *Balada de los sueños!*

Todas las miradas se volvieron hacia Blanca que, en ese momento, tras un corto preludio, comenzaba á cantar las estrofas de que se componía la balada. Su voz, sutilmente modulada, se fundía con los acordes del

piano, 'suaves' y soñolientos. El canto, esfumándose como una blanca imagen en la penumbra, se desvanecía, lánguido y lento, hasta apagarse. Entonces las notas, en una onda sonora y vibrante, llenaban de armonía la sala.

La *Balada* versaba sobre un tema de amor y de misterio:

«Paseándose un día dos enamorados por la margen de un estanque, en cuyas aguas diáfanas surcadas por albos cisnes, se reflejaban perezosamente las flores de la orilla, vieron que, desde el centro de aquél, dos esmeraldas, vívidas, de incomparable color, se fijaban en ellos.

—Parecen las pupilas de una náyade—exclamó ella acercándose más al dueño de su amor.

«Las dos esmeraldas adquirieron entonces una refulgencia maravillosa, y como en ese momento dos cisnes cru-

zaran con su blanca caricia la superficie del estanque, las verdes pupilas irradiaron fulgores fosfóricos en los temblorosos círculos, que fueron á desvanecerse en las orillas, estremeciendo con suavidad las flores por las aguas reflejadas

«Es un efecto deliciosamente encantador — agregó oprimiendo contra su pecho el brazo del que poseía sus sueños dorados.

«El nada respondía. Miraba extasiado el extraordinario espectáculo que se ofrecía á sus ojos.

«Ambos eran jóvenes y se amaban con toda la intensidad de sus almas juveniles.

«—Mira, dueño mio, mira cuan arrobador es el aspecto del lago. Los pétalos de las flores parecen de luz y sus fibrillas resplandecen más que la luna reflejándose en los mares... Una voz

de inefable dulzura prelúdia en mis oídos una armonía que envuelve todo mi ser en un beso cálido... Oh! mira: los cisnes unen su pico de oro fino y sus almas, blancas como sus plumajes, también parecen unirse en un beso de ansias infinitas.

«El, nada respondía. Sus ojos estaban fijos en las pupilas del estanque como si lo hubiesen hipnotizado. Un filtro helado parecía diluirse en sus huesos; y, en su cabeza, pasaban en confuso tropel las ideas... La sangre que afluye á los músculos cerebrales pareció detener su curso.

«Ella le acariciaba envolviéndole con honda ternura en miradas lánguidas. El fué retrocediendo, insensiblemente hasta apoyarse en el pedestal de una estatua acéfala todo cubierto de musgo, pero sin separar su mirada del lago. Luego pasó su mano blanquísima

sobre la sonrosada frente de su bella amada, un temblor eléctrico agitó su cuerpo, y dijo:

«Mira, mira—indicando el centro del estanque—las pupilas ya no son verdes; ahora parecen encarnar el alma del rubí!

«Ella miró. Sus ojos fueron dilatándose notablemente. Sintió que el temor agitaba, con fuerza, su corazón. La noche caía. Una quietud opalina reinaba en la escena crepuscular y las pupilas que miraban á los enamorados despedían chispas, como el hierro salido de la fragua.

«Los cisnes nimbados de luz roja, lanzaron un quejido; un ave agorera de negro plumaje cruzó el lago graznando.

«Casi entrada la noche, una penumbra vaga se extendía hasta el cercano bosque cuyos árboles destacaban sobre

el cielo de ópalo, la negra y compacta masa de sus fróndas.

«Las aguas del lago tuvieron un estremecimiento supremo y brillaron fosfóricamente. La fulguración de las rojas pupilas, se extinguió y entonces el estanque se convirtió en una mancha violeta y lustrosa. Poco después una vaporosa imágen de mujer, que surgió de su centro, flotó sobre las aguas. El brillo de sus ojos, ora verdes, ora rojos, iluminaba, con intermitencias, el paisaje. Se adelantó hasta llegar á la estatua en que se apoyara el enamorado momentos ántes. El, no estaba allí, había desaparecido. Ella, yacía en tierra, exánime. La flotante forma blanca se inclinó sobre ella hasta poner el oído sobre su corazón: no latía. La mariposa de la vida había huido cuando el ave agorera, de negro plumaje, cruzó el lago graznando, y los

cisnes nimbados de luz roja lanzaron un quejido. Luego se incorporó. Era alta, altísima: sus piés tocaban en tierra, su cabeza se perdía en el espacio. Se inclinó de nuevo y miró á la joven largamente. Y, por fin, dijo:

—«Ya tus blancas manos, tan blancas y puras como las nieves del polo, oh, casta virgen! no acariciaran la frente del hombre á quién tu amabas y á quién yo amaba, hoy toda poblada de sueños negros... Ya no reflejaran tus pupilas soñadoras, la imágen del hombre que hubiera sido esclavo de mi amor... más poderoso que tu amor ¡Oh pálida virgen casta! Ya tus pupilas no se verán teñidas por la aurora boreal de tus pasiones. Yo, que soy más poderosa que todas las pasiones, he conjurado contra tu amor; las dos esmeraldas que tu mirabas en el fondo del estan-

que, eran mis pupilas de hadá, mis pupilas de hada que se encendieron de cólera al ver que mientras yo esparcía el filtro de los ódios en las venas del hombre á quién amaba, tú lo envolvías con caricias en tus transportes amorosos, oh pálida virgen casta! En su cerebro hice bajar la noche, noche sin estrellas, y las sombras morarán en él mientras perdure su existencia, oh, triste soñador, muerto en vida! Yo he conjurado contra tí y he conjurado contra él mis poderes ocultos de hada y, encarnando mi espíritu maléfico en su espíritu, te he dado la muerte con sus propias manos, oh, pálida virgen casta!».

Todos aplaudieron con entusiasmo al terminar la última estrofa de la Balada. Carlos se apresuró á ofrecer el brazo á Blanca que fué á sentarse de nuevo al lado de Sofía.

Y Everardo dijo, para sí:

—La muerte? Bah! yo la veré esta noche,..

Carlos, después de inclinarse galantemente ante Blanca, dirigióse á Enrique y dijo:

—Curiosa, en verdad, la *Balada de los sueños*.

Enrique iba á responder cuando Everardo interpeló, como siguiendo la hilación de un discurso interior:

—Y crees tú, Enrique, que los sueños ejercen alguna influencia sobre la vida real?

El interpelado miró á su interlocutor, sorprendiéndose por tan extemporánea pregunta, pero merced á una reacción súbita pudo advertir que la incoherencia era uno de los rasgos que caracterizaban á Everardo, y contestó presuroso:

—Creo que los sueños deben consi-

derarse como un producto exclusivo de la fantasía del durmiente.

—Pero tienen alguna relación con la vida real? O, mejor ¿el mundo de los sueños constituye un ambiente propio, en su esencia, de cada individuo?

Enrique no contestó; su frente se arrugó al tiempo que sus labios hacían un gesto de desagrado, el cual evidenciaba la turbación que le produjeran las preguntas á las que, en conciencia, no podía responder.

Alberto, entonces, que había seguido con marcada atención el breve diálogo, dijo con viveza:

—No puede asegurarse, en absoluto, si en el fondo los sueños son la repercusión automática de nuestro pensamiento ó de nuestras tendencias. Aunque se ha constatado el contraste que existe entre los sueños del hombre de

bién y los del malvado... Los sueños son un determinismo y no solamente son reveladores de estados interiores, sino que, á su vez, también son agentes provocadores de nuevos estados. Sábese, por ejemplo, que los sueños pueden, en un sentido natural y humano, predecir lo futuro, sugerir el tema de una obra de arte ó favorecer la solución de problemas científicos y, por último, pueden anunciar al durmiente una enfermedad de que será víctima...

Una voz, mezcla de quejido y de alegría, que pareció extraída de las cavidades más profundas del organismo fué á sofocarse en los labios de Everado, en los cuales se dibujó una sonrisa propia de los seres que pronto van á abandonar la vida... mientras una tos violenta llenaba de convulsiones todo su cuerpo.

Un sirviente se presentó en una de las puertas anunciando que el té estaba servido.



IV

Dos horas más tarde, mientras todos descansaban en el blanco palacio, Everardo, arrellenándose muellemente en un canapé de terciopelo gris-perla donde un grifo de oro abría sus fauces para morderse la diamantina lanza de su cola llena de escamas verdes, salpicadas de polvo de plata, trataba de coordinar sus ideas preparándose para los acontecimientos de su segunda vida... Una lámpara, sobre alto pié de bronce cincelado, de cuyos ángulos superiores

pendían cuatro cadenitas recojidas en el centro, para caer artísticamente onduladas hasta sujetarse en cuatro argollitas que atravesaban las narices de cuatro dragones, los cuales constituían la base que descansaba sobre la alfombra, arrojaba, desde un extremo de la habitación, fulgores que velaba una pantalla de seda azul. A través de esa ténue penumbra, veíanse los objetos envueltos en una claridad casi mística. Ese crepúsculo celeste estaba finamente saturado de suavísimos perfumes. Y allí, en su museo, como él le llamaba, sentado á un lado de su ancho escritorio, colocado bajo la ventana sobre cuyos cristales colgaban á lo largo bordadas cortinas de un ténue color lila, paseaba su mirada sobre el rico mueblaje y los valiosos objetos de arte de que se veía atestado su *museo*. Veíanse, en agradable des-

orden, tapices flamencos, panoplias de armaduras medioevales, bibliotecas con finas incrustaciones, todas llenas de libros de nítida encuadernación, canapés, confidentes, escabeles, bordaduras persas y del Turquestán, bandejas de cobre repujado, platos de mayólica morisca, vasijas de Fayenza, grabados antiquísimos, jarrones de Sevrés, cristales de Venecia y de Bohemia, cuadros, mármoles, bronce indios, consolas, riquísimas estatuas de márfil y de porcelanas; y sobre un mueble antiguo y valioso, un busto de mujer, soberbiamente labrado en albo mármol: Blanca. Allá, en la pared del fondo, un tapiz de raro mérito, en que el mismo Gean Gobelin había tramado una escena cortesana, cuyas figuras tenían un aspecto grave y rígido, semejava la prolongación de la cámara en el mundo espiritual de Eve-

rardo. De los vasos de loza y de las jardineras de cobre, se levantaban varias plantas raras de los trópicos.

Dicha habitación, estuche de tanta suntuosa rareza, estaba situada en lo más alto del edificio. Los pescadores, desde la playa, arenosa y lustrosa, y los aldeanos que madrugaban, veían allí al hombre extraño, inmóvil, casi estático, en un continuo insomnio que enardecía su espíritu. Las noches transcurrían para él en una sobreexcitación cada vez mayor. Por fin, al llegar el día, la serenidad y el sosiego, consecuencia de una postración física, refrescaban su mente y adormecían sus ideas.

Pero esa noche, contra todo lo que esperaba, su mente se veía libre del pensamiento que le dominaba con profunda intensidad. Algo extraordinario operábase en su organismo, agitado

por un ténue soplo de vitalidad nerviosa, que le inducía, con fuerza incontrastable, á reconstruir escenas de pasadas situaciones. ¡Oh! él recordaba, con pasmosa exactitud, los detalles más imperceptibles dibujados en el semblante de Alberto, dolosamente contraído, al verle después de sus viajes! ¡Cómo le miraban sus ojos! No era el amigo, casi el hermano de la infancia, no, en él solo había visto al médico y al médico ante un enfermo que pronto....

Oh! qué profundo silencio, qué quietud de muerte, durante el trayecto, desde la estación al palacio! Ya no le extrañaban las palabras que este dirigiera á Blanca, no, era el hermano cariñoso que se interponía entre ella y el Mal!...

Y merced á sus inducciones, psicológicamente sutiles, penetraba en la

más recóndita esencia de todo el proceso que debió preceder á la determinación definitiva de la revelación, basada en la autoridad de la ciencia. El veía allí, palpitantes, perfectamente iluminados, todos los cuadros de dolor y de tristeza que se desarrollaban á su alrededor. Se explicaba, asimismo, que el severo y cuidadoso don Anselmo, tratara de separar de allí, cuanto antes, á Blanca. Y los ojos de Everardo fueron á posarse, melancólicamente, sobre el busto, de albo mármol, que la representaba.

En ese instante, la luna arrojó su intensa claridad de plata que, filtrándose á través de los cristales de la ventana, la envolvió en un baño de argentada luz. La refulgente franja, que cruzó el escritorio, se extendió hasta el respaldo del canapé en que estaba sentado Everardo é hizo brillar

mágicamente. el grifo de enroscada cola.

Las armas de las panoplias, los bronces y los lustrosos jarrones, se subrayaron de luz blanquísima. Y las lunas de Venecia repitieron, en fugas quiméricas, las huellas luminosas de esa orgía de esplendores, que se desvanecía líricamente. Ese deslumbramiento súbito, interceptó la visión de las dimensiones y envolvió en la ambigüedad las distancias de las cuerpos. Everardo cerró los ojos y apoyó la frente en la palma de su mano. Luego, mientras su espíritu se sumergía en un letargo de profunda angustia, trató, casi adormecido, de completar sus pristinas ideas:

Y si no comprendía, si no sabía leer en aquellas fisonomías que, por otra parte, eran tan elocuentes ¿para qué había gastado los mejores años

de su juventud en el estudio del corazón humano?

Una nube, que en ese instante interceptó la luminaria lunar, sumió, de nuevo, la habitación en la suave penumbra del celeste crepúsculo.

Los azulosos resplandores de la lámpara, se debilitaron insensiblemente. El silencio que allí reinaba, era casi absoluto. Sólo se oía la fatigosa y acompasada respiración de Everardo. Mas, tras corto preludio, producido por el roce de leve vestido, Everardo oyó que el interior de su museo se poblaba de murmullos vagos é indefinidos, pero que eran, para él, familiares. Con nervioso gesto y brusco movimiento, como si accionara bajo hinoptizador impulso, mudó la posición de su cuerpo sentándose rápidamente. Y así, inmóvil, con las pupilas dilatadas y fijas contempló la transformación que

se estaba realizando en la escena de la que él era actor principal. Mientras que las austeras figuras representadas en el gobelino, que admiraba con religiosidad, iban tomando cuerpo hasta animarse y andar con rítmica ondulaciones, todo lo demás, el mueblaje y los adornos, poco á poco, fueron desapareciendo detrás de una niebla opalina. En vano trató Everardo de ver donde estaban los personajes á que diera vida Gobelin, raro y único. El rumor crecía con lentitud. Era como una música lejana, como un coro de incorpóreas hadas; era como un baño del alma en los perturbadores lagos del ensueño... Y era el ensueño que en ese instante, descendía su puente levadizo á la Realidad. El espíritu de Everardo, en la procesión maléfica y musical que intuye lo futuro para aspirar, prematuramente, los perfumes

de sus flores negras, pasó por él, mientras le oreaban las ráfagas de alas invisibles.

...Y se detuvo.

Hallábase frente á un edificio obscuro que surgía ante sus ojos elevándose á una altura incalculable. El tiempo, al pasar, había dejado impresas sus huellas sobre las piedras toscas y ciclópeas. El arco ornamental de la puerta, sosteníanlo dos columnas gigantescas de vívida luz roja. Su aspecto era imponente y solemne. Everardo subió con gravedad los peldaños de la escalinata principal, y cuando hubo llegado á la puerta, vió que ésta se abría. Penetró. Tras corto andar notó que, ante una segunda puerta oculta por espesa cortina de escarlata, estaba, como de costumbre, la vieja que la custodiaba, ensimismada, hilando perennemente en su rústica y

carcomida rueca. Cuando se aproximó, ella levantó la cabeza y haciendo crugir las mandíbulas de su calavera, hizo un signo cabalístico y la cortina se descorrió dejando ver en toda la abertura una fulguración que le hizo cerrar los ojos con brusquedad. Y Everardo, después de hacer una reverencia á la hiladora, se internó.

Adentro, nada vieron sus ojos encandilados: la impresión era caótica. La oscuridad que se mecía en la atmósfera lo envolvía todo; sólo algunos puntos vagamente luminosos, como vistos á través de espesa niebla, semejaban mariposas de luz aleteando en el vacío. Breves instantes permaneció en esa situación y á medida que la retina iba haciéndose á ese ambiente especial, comenzó á ver que todo allí tomaba cuerpo y perfil, envuelto en una vaga penumbra purpúrea. Era una sala

vastísima. Del pavimento, todo de alabastro azul, levantábanse graciosas y finas columnas de pórfido, coronadas de capiteles con incrustaciones de piedras raramente bellas, en armoniosas combinaciones policromas. En los intercolumnios habia gruesas cenefas de escarlata y oro, historiadas con los fatídicos signos del Zodiaco.

Doce eran los intercolumnios. Del techo, invisible por su incalculable altura, pendían cuatro grandes pebeteros, esmaltados de rubíes, donde humeaban resinas aromáticas. Un trípode gigantesco, situado en el centro de la sala, comenzó á verter tenúes fulguraciones que se desvanecían en un espléndor de ópalo. Los resplandores fueron á acariciar los adornos cuyas proporciones eran enormes y las cenefas, todas menos una, fueron iluminándose, poco á poco, por un reflejo

que parecía venir del fondo, hasta disolverse en brillantísimo resplandor. Los signos del Zodiaco alcanzaron fulgores maravillosos. Everardo se adelantó y apoyó una mano en el trípode. Y los rubíes de los pebeteros brillaron como rojas pupilas encendidas, mientras el humo de exquisitos aromas describía lentos círculos en la atmósfera, hasta esfumarse en las alturas. Del trípode, matizada con reflejos azules y encarnados, surgió una finísima columna de luz adamantina. Cuando se hubo elevado hasta perderse en lo alto, se abrió en un desgranamiento de lirios luminosos, que fueron cayendo en ondulaciones prodigiosas. Everardo pareció encerrado en una glorieta de plata. Luego, poco á poco se desvaneció á tiempo que las cenefas se obscurecían volviendo á su estado anterior. Entonces una mu-

jer etérea se le aproximó con suavidad. Cuando Everardo lo advirtió, la dijo, en tono familiar:

—Te esperaba.

Ella le tomó de la mano y le condujo frente á la cenefa que había permanecido sin iluminarse. Después, con ademán sereno y reposada voz, la aparición repuso:

—Tú hora ha llegado. Aguárdate: aquí verás tu destino.

Y desapareció.

Everardo observó que la cenefa indicada se descorrió, y su atención se concentró poderosamente. El espectáculo que se ofreció á su vista le fascinó. Era una galería cuya extensión superaba á la del salón donde él se hallaba. Inundábala un mar de luz. Veíanse en su centro inmaculadas escaleras de alabastro, de anchas balaustradas, donde descansaban estatuas

bañadas de sinnúmeros reflejos. En lo alto, como puesto sobre un propileo de alabastrinas columnas, lleno de filigranas y recargado de oro, había un reloj monumental, cuyas horas eran mujeres envueltas en transparentes tules de variados colores. Las horas, formando una cadena llena de matices, desde la luz más vívida hasta la sombra más intensa, comenzaron á girar, y, poco á poco, la cadena se desprendió del reloj monumental, sin que por ello, una de las horas, la más luminosa, abandonara su eje. La más negra, con los ojos cerrados, llegó hasta Everardo.

Este, con marcada sorpresa, vió que allí donde se iniciaba la escalinata, apoyada en un lustroso jarón había una mujer. Y era la Vida. A la derecha, apoyada en un segundo jarrón, á manera de estatua vió otra mujer. Y

era la Muerte. La primera, le miró torvamente; la segunda le acarició... Entonces, la Hora, se aproximó más y le colocó una mano sobre el corazón. Everardo dirigió sus ojos hacia la vida, como para interrogarla, mas vió que esta, volviéndole con desden las espaldas, ascendió, lentamente, por la blanca escalera de alabastro, dejando tras si luminosa estela.



Cuando Everardo despertó, la claridad reinaba esplendorosa en su *museo*. La luz era demasiado violenta, y sus ojos no la resistieron. Poco después rató de inquirir mas fué en vano. Per-

maneció despierto, pero con los ojos cerrados largo rato, tratanto de recoger sus ideas... Más tarde, haciendo un esfuerzo, quiso mirar: la luz le heria la retina, impidiéndole, así, que abriera los ojos.

Era que allí, en el canapé en que estaba sentado, se reunian, como sobre un punto central, los rayos del sol, cuyos fulgores reverberaban en los espejos y metales lustrosos.

Everardo se levantó y, tambaleándose, tropezando aquí y allá se dirigió á la cámara contigua, su dormitorio. Recién allí pudo mirar á su albedrio cuanto le rodeaba. Su cerebro estaba profundamente embargado y seguía, aunque entre nebulosidades, los acontecimientos de la pasada noche...

Transcurrieron algunos instantes. Por fin, aproximándose á un espejo, frente al que se detuvo mirándose con

marcada atención, dijo, siguiendo sus interiores razonamientos:

—Sí, la hora ha llegado!

Y, dirigiéndose hacia un mueble de la habitación, tomó un diminuto frasco vacío de cristal. Tosió con fuerza... luego, aproximó los labios contraídos y pálidos á sus bordes.

.

Lo tapó cuidadosamente y, por último, lo colocó dentro de una cajilla que envolvió en fino papel blanco. Cruzó el paquetillo con hilo y lo lacró. Después fué de nuevo á su *museo* y, sentándose á un lado del escritorio para evitar la deslumbradora luz, escribió con rapidez una carta. En el sobre decía: doctor Benjamin Aublet. Hospital Lariboisiere. París.

Antes de cerrar el sobre, tomó de nuevo la carta y desdoblándola la leyó. A medida que pasaban los renglones á

su vista, su voz, en un principio imperceptible, fué aumentando, poco á poco, hasta que sus labios pronunciaron con toda claridad estas palabras: «se trata de una persona que me es muy querida. Le agradeceré me envíe cuanto antes el resultado del análisis que le pido. » Luego cerró el sobre con cinco sellos de la cre gris-perla. Sobre un rico velador, al lado de la cajilla, dejó la carta. Terminada la tarea, permaneció largo tiempo de pié en medio de la habitación, en una inmovilidad extraordinaria. Hizo un esfuerzo visiblemente doloroso y, desafiando la luz que le hería, se asomó á la ventana. Fuera, todo reía á la gloria del sol!...

Su anciana madre y Blanca, los dos seres á quienes más amaba, estaban allá, en el jardín, paseándose tristemente!... acariciándole quiza, con el

alma la madre y deshojando margaritas Blanca... Las vió alejarse y perderse detrás de las flores llenas de luz y de fragancias.

La atmósfera era de una pureza exquisita: un hálito de vitalidad vibraba en los átomos del ambiente.

Su primo también estaba allá, en apartado sitio, donde nadie pudiera oírle, conversando con Enrique. Más cerca, Carlos, sentado frente á una pajarera grandísima, parecía querer penetrar el casto lenguaje de los pájaros, encerrados en una red de oro. Y, finalmente, sus ojos siguieron con arrobamiento las ingenuas manióbras de Luisito, el rollizo sobrino de Cristian, que perseguía una mariposa para darla caza. Adivinaba, casi compartía la desesperación del chicuelo empecinado en su tarea. De pronto sentía placer viendo que el perseguidor tenía que dar la

vuelta del sendero para no pisar el césped y las flores y, sobre todo, para aproximarse á la pintada mariposa. Ese mequetrefe tenía más vida que él... En ese instante el chico cayó. Everardo creyó oír sus quejidos, pero luego vió que no se apresuraba en ponerse de pié. Su cuerpecito se amontonó, con cuidado, sobre la gorra, que custodiaban sus manecillas. Lleno de cautela y recelo, fué levantando, poquito á poquito, su extremo creyendo, á cada momento, ver aparecer la presa... Levantó un poquito, otro poquito, con lentitud y, por fin, vió que nada había allí... Luisito, cubriéndose de rubor, miró á todas partes, para ver si alguien le había observado. Cristian, su tío, el mayordomo de la casa, estaba á su lado... Cristian?... y Everardo pensó en el frasquito que había colocado en la cajilla con todo escrúpulo.

El tío iba á amonestar al sobrino, cuando oyó que una voz repetía su nombre:

—¡Cristian! ¡Cristian!

Era Everardo.

El mayordomo hizo apresuradamente señas de que iba en seguida, y dejando en libertad al chiquillo avergonzado, se encaminó hacia el palacio.

*
*
*

Poco después, Cristian, recibía de Everardo la orden de partir inmediatamente para París, de donde debía retornar con la contestación facultativa.





Han transcurrido tres días.

En el palacio del *hombre extraño* reina una animación y una alegría inusitadas. Se prepara una cabalgata.

Todo estaba aparejado para el propósito. Los briosos animales de raza, parecían impacientes; sus músculos, de una elasticidad nerviosa, se estiraban con palpitaciones de suma agilidad.

Los relinchos se sucedían, al tiempo que agitaban en todas direc

ciones sus colas limpias y lustrosas.

A la derecha, pero dentro del semicírculo formado por las ricas balaustradas curvilíneas que se extendían al pié de la escalinata principal, á la apacible sombra proyectada por el edificio, que resaltaba gallardamente entre la arboleda, en gracioso grupo, sentadas alrededor de una mesita portátil, sobre la que humeaba el té recién servido en rosada porcelana de la China, hallábanse las personas de que se formaría la cabalgata. Para las ancianas doña Sofía y Ester, que en ese instante discurrían con marcada animación, mientras Enrique y Alberto lo hacían con Blanca, habíase dispuesto cómoda jardinera que guiaría Carlos.

Erevardo, no obstante ser de la partida, no estaba allí.

En la atmósfera, reinaba una quietud vaga, casi nostálgica. Las frondas, ondulaban, movidas levemente por apacible brisa. La tarde se deslizaba impregnada de melancolía, lleno el cielo de arrebolados vapores, que se elevaban sobre las colinas, como las nubes de incienso que envuelven el santuario hasta desvanecerse en las anchas bóvedas del gótico templo. Todo ello inducía á una suprema concentración del espíritu.

En ese instante, tras el recodo de rosales de rosas blancas, apareció Everardo. Vestía con soltura un traje de labrador.

En un costado, prendido al cinto, llevaba un cuchillo de campo, que él usaba para el arreglo de sus plantas favoritas.

Cuando doña Sofía le vió en medio de aquella actividad, poco común

en él, se estremeció... El cambio que, desde hacía tres días, habíase operado en la norma de su vida, era en verdad notable é inquietante. Su carácter, nuevamente plasmado por una causa que ella ignoraba, pero visiblemente extraña, había hecho de Everardo otro hombre.

Hablaba con todos, y con todos discutía hasta acalorarse. Ya no rehuía las conversaciones, por el contrario, las provocaba. Era jovial, estaba de buén humor; y su actividad era notablemente extraordinaria. Un cambio tan repentino y sin una causa ostensible, necesariamente debía llamar la atención de la anciana señora.

El momento de la partida se aproximaba, pero nadie lo manifestó. A ese punto, los ojos de los circunstantes se dirigieron hacia el sendero formado

por los álamos de Virginia. Un hombre había en el fondo, cerca de la verja de la entrada, que despedía un vehículo.

Tras breves instantes, todos le reconocieron: era Cristian.

El cielo pareció encapotarse repentinamente.

· Cuando el recién llegado se acercó á ellos, inclinóse, haciendo respetuosa reverencia, y se dirigió hácia Everardo. Este, al reconocerle, corrió á él... su aspecto era tragicamente angustioso,

Ambos subieron, presurosos, las escaleras que conducían al *museo*.

Cuando hubieron llegado, sin proferir una sola palabra, Cristian sacó del bolsillo interior del saco una carta y, extendiendo su mano temblorosa, se la presentó á Everardo. Este vaciló un instante, luego, apoderándose de ella

bruscamente, desgarró el sobre y leyó... Se crisparon sus manos, brillaron torvamente sus ojos, y sus labios contraídos dejaron escapar un grito estridente que retumbó con sordo eco en la habitación. Era la suprema concentración de su fuerza vital en un desahogo angustioso, opuesta con desesperada rabia á la avalancha de males largamente presentida, que por fin se precipitaba sobre su existencia en una oleada de muerte!

Cristian le miraba horrorizado. Everardo se lanzó sobre él, y, agitándole con fuerza inaudita por el cuello, murmuró á su oído:

—Ay de tí, Cristian, si hablas! y, al soltarle, fué, Everardo, tambaleándose hasta chocar contra el mueble que sostenía el albo mármol, fiel y amable efigie de Blanca, el cual, merced al sacudimiento recibido, fué á caer á

sus piés hecho pedazos... El pareció no advertirlo. Sus pupilas permanecieron horriblemente dilatadas; en su rostro estaba todo el espanto que bullía caóticamente en su cerebro. Poco después, obedeciendo á un impulso del vértigo que todos dominaba sus sentidos, fijando su mirada encendida en Cristian, que permanecía allí, inmóvil, hondamente conmovido, lanzó una carcajada estentórea; y dirigiéndose á la puerta, bajó con extraordinaria rapidez las escaleras.

Cristian, mientras oía desvanerse el ruido de sus pasos, recogió la carta y leyó á su vez, mas sin comprender su contenido.

Cuando Everardo descendió al jardín, vió que Blanca estaba sentada con negligencia en la jardinera. Se dirigió hacia ella; y, mientras saltaba en el vehículo, aseguró con nervioso

gesto las bridas. El acicate simbró en el aire y fué á castigar la erguida cabeza del animal, que partió, veloz y brioso, en dirección al bosque.

*
* *

Entre tanto, los que habían permanecido alrededor de la mesita portátil tomando el té, esperando que se pusiera el sol para iniciar la marcha, no se movieron, aunque el momento había llegado. Desde que vieron retornar á Cristián (pués allí nadie ignoraba que había ido á París enviado por Everardo para desempeñar una misión especial) se quedaron, sin saber á punto fijo el por qué, como anonadados. Un silencio letárgico se apoderó de todos, nadie se atrevía á articular palabra alguna.

Blanca, abandonando el sitio que ocupaba, recogíendose con instintivo garbo las faldas de su ámplio traje, se dirigió hacia la jardinera, en la que subió automáticamente, para sumergirse de nuevo en las reflexiones que tan hondamente apesadumbraban su espíritu.



Pocos instantes habían transcurrido desde la partida de la jardinera que conducía á Blanca y á Everardo, cuando comenzaron á oirse gritos que partían del bosque. Un temblor indefinido se apoderó de la comitiva. Los gritos se repitieron. De los que permanecían en el semi-círculo formado por las balaustradas curvilineas, nadie pronunció una sola palabra. Los gritos se sucedieron sin cesar.

Gruesas gotas de lluvia empezaron á caer. Los circunstantes las recibieron en la cabeza, empero no se movieron de allí.

La voz que emitía los lamentos, alejándose, pareció apagarse. Entonces, Alberto, poniendose bruscamente de pié, iba á dirigirse hacia donde estaban los caballos, mas, como viera á Cristián con la carta en la mano, se arrojó sobre él y, apoderándose de ella, leyó con avidez;

—

 se encuentran bacilos de Koch!

Enrique, que le había seguido y que por consiguiente oyó las últimas palabras leídas en alta voz por Alberto, dijo, é este:

—El diagnóstico se ha confirmado!

La sombra lo envolvió todo, y la tor-

menta se declaró. I mientras las señoras, que acaso presintieran el drama que se estaba desarrollando se refugiaban en el palacio acompañadas de Carlos, Enrique y Alberto, después de montar presurosos á caballo, partieron hacia el bosque á todo escape.



La tarde espiraba; un sol lánguido y difuso enviaba débilmente su luz mortecina, que se filtraba á través de la niebla. El paisaje, en la solitaria y silenciosa perspectiva, tenía, merced á la lluvia del día anterior, un aspecto triste y sugestivo. Del jardín llegaba el perfume de las flores y el olor del humus del césped.

Carlos, después de haber permanecido largo rato al lado de la pajarera, fijos en el suelo los ojos, enrojecidos por la vigilia dolorosa... se dirigió ha

cia la escalinata del palacio, internándose con lentitud. Al pasar por uno de los corredores, vió un grupo de personas paradas en la puerta de una habitación. Vestían luto riguroso.

Siguió andando. Entró en un pequeño vestíbulo y, por último, subió las escaleras que conducían á la alcoba de Everardo. Cuando entró en el *museo*, se encontró con Enrique, el cual hizo señas para que no produjera rumores. El médico, desde la puerta que separaba el *museo* de la alcoba de Everardo, espiaba á este, merced á la transparencia de las finísimas cortinas que la adornaban. Carlos se aproximó y, á su vez, púsose á observar.

Everardo estaba allí, con sus ropas en completo desaliño. Su aspecto era verdaderamente conmovedor. Y su

rostro, de una palidez cadavérica hacia muecas de morbosa nerviosidad.

Dirijiéndose á los pocos muebles que habíale dejado en su dormitorio, acompañando sus palabras con ademanes incoherentes, pronunciaba discursos en los cuales se confundían los gémidos con las imprecaciones.

—Sí dijo Enrique, indicando á Everardo—su razón está extraviada.

Y la voz del demente se oyó de nuevo, más vibrante, más sonora, con mayor elocuencia:

—Mi alma, toda vestida de tristeza, pasó por el mundo de los vivos como una sombra. Porque, habeis de saber, que yo no existo sinó en espíritu...

¡Oh, sarcasmo! mientras asistia á mis propias exequias, seres débiles

había, que fingían condolerse de mi suerte y maledicencias había y calumnias... Mas ¿cuál es el pusilánime á quien anonada el juicio del hombre?...

Muchas fueron las flores del mal que desmenuzaron mis plantas recorriendo el itinerario de la vida. ¡Triste espectáculo cuya representación perdura desde que se encendieron los soles y brotaron los mundos! Pero ¿quién se detiene en ello?... Así fué desde que la primera culpa arrastró por los lodos al Hombre, y así será mientras los mundos sigan rodando en sus diamantinos ejes, sosteniendo en parábolas y elipses el concierto universal de la Creación.

Y no se crea que esto lo digo porque en vida no sustentara ilusiones, no: ¿es acaso posible la vida exenta de ideales?...

Grave y ponzoñosa es la rémora que me acongoja: ¿quien dirá, escrutando los enigmas de la esfinge, desentrañando la verdad suprema, de los mundos infinitos que arden y ruedan sin cesar en el cerebro humano?

Una vez cerré los ojos, atento sólo á escuchar cuanto vivía en mi alma. Oh, sí, yo tuve la visión de lo grande!

Afligíame considerar el estado á que se hallaban reducidos los humanos. Me obcecaba la idea de tanta pobreza. La constante meditación acerca de hechos cuya explicación lógica y racional hubiera sido tarea vana pretender, hizome arribar á consecuencias bajo todo punto despreciables. Causábame grandes males la constatación de fenómenos, los cuales, apenas examinados, veíase á las claras que eran los resul-

tados de una decadencia irrefutablemente evidenciada....:

Nos faltaba la Idea, nos faltó la Fé, ó quizás, no la tuvimos nunca! No obstante, destacándose del confuso clamoreo, oíanse algunas voces de sinceridad.

La Edad era tráfuga....

¡Oh, prodigio! La augusta é inefable clemencia de los altos designios, quiso renovar la extraña visión concedida á uno sólo entre todos los mortales. Antes que Babel á polvo viérase reducida, un hijo de la Tierra, madre común, el mago Zoroastro, vio errante en un jardín su propia imágen..... que la Vida era doble aprendió á conocer:

Asi, yo, mi propia imágen ví atravesar el doloroso Viernes Santo, que data desde hace siete mil años, pués á tales edades remóntase la existencia del Hombre; y, desde entonces, se piensa..

¡Yo me ví mezclado á la época tristísima en que me tocó nacer! Oh, miseria! los humanos, con solícito pavor, el mando espiaban en las agenas frías pupilas. Un grito de dolor, que era á un tiempo mismo protesta generosa y aspiración legítima, rasgó el silencio de mis labios:

«Si me fuese dado, dije, elevar la cabeza sobre ese mundo liliputiense que me rodea, nada terrestre habría que me domine! Y en la oleada de gigante inspiración, al iniciarse la obra redentora, se generó en la noche de las almas la luz de una constelación boreal, y recogí pensamientos lúcidos, y brotaron orbes de las ideas increadas como rayos luminosos de los astros! La Pascua del Universo resucitado iba á celebrarse: al triste Viernes Santo de las sombras seculares sucedería el Sábado de la resurrección uni-

versal. La sonrisa de los cielos, derramando su beso de luz, iba á embellecer la tierra y á transfigurar la vida. Todo ello estaba en mis manos... mas los hombres no lo quisieron... El rumbo de la eterna Humanidad estaba señalado: ella debía seguirlo fatalmente.

Y mi alma, toda vestida de tristeza, cruzó el triste Viernes Santo de la Vida, como una sombra.

.
¿Culpable yo? Yo que no existo, yo que he muerto cuando la Hora de ojos cerrados puso su mano sobre mi corazón, que sintió el frío del sepulcro?...

Aquí oigo de nuevo las maledicciones, las calumnias que los débiles murmuraban cuando yo asistía á mis propias exequias! No obstante yo protestaré; yo destruiré los vestigios de toda maldad. Templaré mis músculos

de acero al calor de mi verbo, heraldo de justicia! . . .

Ya lo recuerdo, veo con toda exactitud representarse, en mi inteligencia, cuanto aconteciera el día nefasto y trágico de mi... Sí, lo recuerdo, fué así, exactamente... oh, no lo dudes turba multa, rebaño de apócrifas virtudes, escoria vil de sentimientos bestiales: ven, pon tu alma sobre este dolor que se desborda, como yo lo puse sobre el dolor del mundo, y no calles lo que dice tu alma, cuando tus oídos duermen! Fué así, fué así! lo recuerdo bién; ahora mismo, en este instante, lo estoy viendo todo, todo; fué así:

El espíritu maléfico que desde algún tiempo tramaba sus protervas insidias por separarme de Blanca, de mi Blanca, ese día, ejerciendo sobre ella sus malignos influjos, la impulsó en

apartado sitio, donde un vehículo la atendía. Blanca, cuya voluntad había perdido toda virtud, subió en él. La catástrofe era inminente! Mis ojos no la perdían de vista, y cuando la ví, ya sentada en el vehículo en su actitud hierática, jugando con sus manos lijales, en absoluto agena á todo el peligro que la amenazaba, sentí que un impulso poderoso agitaba todo mi ser. Traté de socorrerla, pero vi, con suma sorpresa, que estaba circuido de una blanca teoría de vírgenes, la cual se interponía, separándome así de mi propósito.

Blanca pareció adormirse bajo el encanto hechisero y la magia que sobre ella ejerciera la flotante esfinge. Entonces sin poderme contener, derribando inexorablemente á las cándidas vírgenes que obstaculizaban mi paso, corri, miéntras estas se lamentaban

en la refriega, llevado por el torbellino incontrastable de mi pasión. Cuando la incorpórea esfinge vió que yo estaba á su lado, casi sin darme tiempo para subir al vehículo, se puso fuera de mi alcance; y tomando las bridas castigó con furia al caballo el cual partió á todo galope. Entonces dejé oír un rugido desesperante y el cuerpo de Blanca tembló en mis brazos.

La atmósfera era de plomo; nos faltaba la respiración.

Poco después nos hallamos en un paraje donde todo yacía sepultado en pavoroso silencio. La vegetación era parasitaria, algunas estatuas de piedra, cuyos pedestales cubiertos de musgos y yerbas parecían proteger una secreta vida animal, semejaban fantasmas petrificados. Y, por último, aquello que hasta entonces no había sido más que muerta uniformidad de

masas opacas, comenzó á transfigurarse en fantásticas apariciones espectrales. Las ramas, como enormes brazos tendidos en ademanes de amenaza, parecían adheridas á figuras del apocalipsis...

Blanca se estremeció dolorosamente. De pronto, en la seda inmaculadamente blanca de su seno, ví una mancha roja y era sangre. Quise limpiarla, y ¡oh, prodigio...! cuanto más me afanaba por conseguirlo, más se dilataba.

En sus ojos — dos flores negras — brillaban las gotas de rocío de sus lágrimas, y las gotas de rocío de sus lágrimas lloraban luz.

Las sombras de un crepúsculo de duelo, cayeron para toda la eternidad en mi alma desolada.

Reía en sus labios la risa del espanto; y sus ojos, sus ojos tan queridos,

se cerraron: hubiérase dicho un conjuro del país de la Noche..-

Rojos resplandores envolvieron toda la escena: siniestro era su aspecto.

El vehículo recorría extensiones inverosímiles. La extraña esfinge iba siempre flotando delante del corcel, como conducida por las ráfagas, cuyas letanías zumbaban en el bárbaro cordaje de una lira gigante é invisible, pregonando la tempestad próxima ya á prorumpir en formidables estallidos.

Blanca, en ún supremo esfuerzo de sus desvanecidas energias, abrió los ojos.. ¡Oh, sus ojos, sus ojos!.. Un sudor helado corrió por mi frente al fijar los míos en sus ojos.. sus ojos, todos blancos, sin pupilas, sin las pupilas que reflejaron, en la inefable armonía del misterio los mundos de su alma y de sus sueños.' Sus ojos todós

blancos, sin pupilas, sin las pupilas cuyos brillos constelaron las noches negras de mis desolaciones. Sin pupilas, todo blanco en ellos, como en las estatuas griegas, concepciones del ideal perfecto... pero sin almas!

¡Ya no estaba allí el rocío de sus lágrimas! ¡Oh, sus ojos!

Y una cabalgata sabática, mientras todo oscurecía al rededor, cómo si hubiésemos caído en un abismo, nos circundó en inaudito tropel de muerte. La esfinge desapareció. Un escuadrón de gnomos, cuyos ojos despedían con intermitencia forfóricos reflejos rojos y azules, se dirigió hacia mí para arrebatarme á Blanca de entre los brazos. Me opuse. Entonces la lucha se inició. Caí, después, envuelto en rojos vapores que ascendían en contorciones macabras. Yo estaba vencido. Y la misa negra iba á cele

brarse sobre su cuerpo inmaculado!»

Enrique había escuchado con atención marcadísima el monólogo de Everardo: su diagnóstico se confirmaba. No se trataba pues de un asunto judicial; el caso era pura y exclusivamente clínico.

Carlos seguía en su actitud, dolorosamente inmóvil. Su corazón latía precipitado; y una pena honda y cruenta hacía que el llanto se anudara en su garganta. Esa situación le sumergía en un estado indefinible. Luego, estremeciéndose, como si despertara de un letargo, se dirigió hacia la ventana y, abriéndola, se asomó á ella.

Sus ojos alcanzaron á divisar un cortejo que se alejaba. El fúnebre con sus plumeros candidísimos iba desapareciendo detrás de los cendales de niebla, mientras la desvanecida vibración del último toque del Ave María

llegaba de la aldea á la grave soledad del bosque y se extinguía en su quietud solemne.

FIN.

